

INTRODUCCIÓN

Collaborer sur le terrain de la charité: esta frase que da origen al título de estas páginas se encuentra –con alguna variación, pero siempre con el mismo sentido– en tres cartas de 1920 que forman parte de la correspondencia entre la Santa Sede y el Comité Internacional de la Cruz Roja¹. Con aquellas palabras, sus autores –del Comité y de la Secretaría de Estado vaticana–, quisieron definir la relación que se había instaurado entre ambas instituciones durante la Gran Guerra de 1914 y que se renovaba en la posguerra.

Las relaciones entre la Santa Sede y el Comité Internacional de la Cruz Roja están poco estudiadas. Un artículo relativamente reciente sobre la acción humanitaria de la Santa Sede durante la Primera Guerra Mundial señala que se ha utilizado escasamente la documentación de archivo sobre las relaciones entre ambas instituciones². En efecto, los estudios que abordan el tema son tres. El primero de ellos es un libro de autor anónimo que comprende el periodo que va desde los orígenes del Comité Internacional a 1953, y que tuvo una reducida difusión porque

¹Cfr. carta de Edmond Boissier a mons. Egidio Lari, 11 de octubre de 1920; carta de Édouard-Auguste Frick a William Andrew MacKenzie, 29 de noviembre de 1920; carta del card. Pietro Gasparri a Édouard-Auguste Frick, 31 de diciembre de 1920. Se incluyen en el apéndice, nn. 34, 36 y 37.

²Cfr. Massimiliano VALENTE, *La «diplomazia dell'assistenza» nella prima guerra mondiale*, en Giovanni Maria VIAN (a cura di), *Storia del cristianesimo: bilanci e questioni aperte*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2007, pp. 176-182.

estaba destinado a los alumnos de la Pontificia Academia Eclesiástica³. La obra consiste en una breve presentación documentada de los hechos más relevantes de la historia de aquellas relaciones. Otro estudio más reciente trata de la acción humanitaria de la Cruz Roja durante la Segunda Guerra Mundial, e incluye un apartado sobre las relaciones con el Vaticano⁴. El tercero se ocupa de las relaciones entre ambas instituciones a partir de 1947⁵.

La investigación, cuyos resultados se presentan ahora, se planteó analizar las relaciones entre los dos organismos en el periodo que comprende desde el inicio del Comité Internacional hasta la época de entreguerras, antes del auge de los totalitarismos.

El origen de este trabajo se encuentra en un precedente estudio sobre la acción humanitaria de la Santa Sede en la Primera Guerra Mundial⁶, en el que se constató el apoyo que la Santa Sede prestó a algunas de las propuestas humanitarias que el Comité Internacional de la Cruz Roja había presentado a los jefes de Estado de los países beligerantes. Como actualmente el Comité se define como una institución independiente de cualquier credo religioso, la pregunta sobre las relaciones con la Santa Sede parecía importante. Esta se hizo más acuciante al considerar que el Comité había nacido en cuna calvinista en 1863 y que su sede estaba –y continúa estando– en Ginebra, la llamada Roma protestante. Además, durante los años que abarca este estudio estaba viva la condena

³*Santa Sede e Croce Rossa 1863-1953*, Tipografia Poliglotta Vaticana, [Roma] 1954, 150 pp.

⁴Cfr. Stefano PICCIAREDDA, *Diplomazia umanitaria. La Croce Rossa nella Seconda guerra mondiale*, Il Mulino, Bologna 2003, 310 pp.

⁵Cfr. Roland-Bernhard TRAUFFER, *Les relations entre le Saint-Siège et le Comité International de la Croix-Rouge. Les relations postérieures à 1947 avec une présentation complémentaire du rôle du Saint-Siège dans les Conférences internationales de la Croix-Rouge et une note sur le développement du Droit international humanitaire*, Dissertatio ad doctoratum in facultate Iuris Canonici apud Pontificiam Universitatem S. Thomae, Romae 1980, 310 pp.

⁶Cfr. María Eugenia OSSANDÓN, *Una aproximación a la acción humanitaria de la Santa Sede durante la Primera Guerra Mundial, a partir de fuentes publicadas*, en *Annales Theologici* 23 (2009), pp. 311-352.

que la Iglesia católica hacía del naturalismo y del racionalismo –que luego se extendió al agnosticismo y al indiferentismo religioso–, porque disolvían los principios cristianos. Estas plagas estaban relacionadas con el protestantismo, pues su principio de libre examen había inspirado la moderna autonomía moral⁷.

El límite final de la investigación fue fijado por la accesibilidad de las fuentes. Los archivos vaticanos están teóricamente abiertos hasta 1939, pero en la práctica la posibilidad de acceder al material de esa década no es del todo factible, porque hay carpetas que recogen documentos que van más allá de ese año y, en consecuencia, no son consultables. Los archivos del Comité Internacional de la Cruz Roja, aunque abiertos a los investigadores, tampoco están del todo ordenados, por lo que tampoco son siempre accesibles. Una segunda razón para limitarse al periodo anterior a la Segunda Guerra Mundial ha sido que el estudio del clima político-cultural de los años treinta implicaba una investigación bibliográfica que habría excedido los tiempos fijados para la redacción del trabajo. A las señaladas consideraciones prácticas, se añadió la fuerza de los hechos. El cambio de década estuvo marcado por algunos hitos que hacían razonable cerrar el campo de investigación en 1930. En ámbito internacional, en 1928 fue firmado el pacto Briand-Kellog por el que los Estados renunciaban a la guerra como posible solución a los problemas internacionales, y al año siguiente entró en vigor. En 1929 se desarrolló la conferencia diplomática de Ginebra que aprobó dos convenciones relacionadas con la humanización de la guerra. Aquel mismo año, la caída de la bolsa de Nueva York marcó la crisis económica mundial. Por lo que se refiere a la vida de la Iglesia, en 1929 se firmaron los Pactos Lateranenses entre la Santa Sede e Italia por lo que terminó la Cuestión Romana y la Santa Sede obtuvo un estatuto jurídico nuevo para las relaciones con los Estados. Ese año las enseñanzas de Pío XI adquirieron un tono más dramático debido al clima moral y social decadente que condujo poste-

⁷Cfr. Gonzalo REDONDO, *Historia de la Iglesia en España (1931-1939)*, vol. I, Rialp, Madrid 1993, pp. 32-33.

riormente al auge de los totalitarismos⁸. Para el Comité Internacional, 1928 fue un año significativo porque murió Gustave Ador, su presidente desde 1910, y se creó la Cruz Roja Internacional.

El campo de investigación elegido cubre, por lo tanto, un amplio periodo de tiempo. Son casi setenta años en los que el escenario europeo cambió radicalmente: desde los procesos de unificación italiana y alemana hasta la Primera Guerra Mundial, la caída de los grandes imperios, el surgimiento de los Estados de Europa del Este y de la URSS. Junto a la transformación geopolítica del continente, enormes fueron también los cambios culturales. En líneas generales, se pasó desde el optimismo y fe en el progreso indefinido, de la imagen de una Europa civilizadora del mundo, a la crisis de la posguerra: un periodo caracterizado por la incertidumbre y la desconfianza en el que se desarrolló una nueva reflexión sobre las bases de la cultura y sobre los fundamentos de la paz.

La metodología ha consistido fundamentalmente en la búsqueda y análisis de la correspondencia entre la Secretaría de Estado y el Comité Internacional de la Cruz Roja, junto con el de otras fuentes publicadas.

La delimitación de la investigación a la correspondencia entre esos organismos se debe, por una parte, a que la Cruz Roja tiene una organización territorial muy ramificada. El Comité Internacional –en la época de nuestro estudio– era la entidad central de todo el movimiento. Desde su creación, el Comité se había dedicado a promover la constitución de sociedades nacionales de asistencia a los militares heridos. Después de ese primer impulso, en cada país se organizó un comité central que se relacionaba directamente con el Comité ginebrino. A aquel, a su vez, hacían referencia los comités regionales o provinciales y los comités locales que se creaban en cada pueblo o ciudad.

En cuanto a la organización de la Iglesia católica, el romano pontífice se apoya en la Secretaría de Estado en lo que concierne a las relaciones con los distintos países. Esta, como aparece en el canon 263 del Código de Derecho Canónico de 1917, estaba organizada en tres secciones cuyas

⁸Cfr. Jean-Dominique DURAND, *Pie XI, la paix et la construction d'un ordre international*, en *Achille Ratti, pape Pie XI*, École Française de Rome, Roma 1996, p. 888.

funciones eran las siguientes: la Primera Sección o Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios, se encargaba de las relaciones con los Gobiernos a través del estudio de la legislación civil y de los concordatos; la Segunda Sección –o de Negocios Ordinarios– realizaba los nombramientos de los representantes de la Santa Sede y mantenía la correspondencia con ellos; la Tercera Sección o Cancillería de Breves Apostólicos, preparaba y expedía los breves pontificios más importantes⁹.

La Santa Sede mantuvo correspondencia no solo con el Comité Internacional de la Cruz Roja, sino también con algunas sociedades nacionales (de ello se hace mención en uno de los capítulos) y locales. Además de la amplitud excesiva que implicaría analizar la correspondencia de la Santa Sede con las diversas sociedades de la Cruz Roja, el diverso contenido de esas comunicaciones confirmó la decisión de restringir la investigación a la relación entre los organismos máximos de gobierno de la Iglesia y de la institución ginebrina.

El intercambio epistolar entre la Santa Sede y el Comité Internacional de la Cruz Roja se encuentra disperso en el Archivo Secreto Vaticano y en el Archivo Histórico de la Secretaría de Estado, sección Relaciones con los Estados. Los fondos revisados en el Archivo Secreto fueron: Secretaría de Estado (desde 1863 a 1930); las Nunciaturas en Suiza (Lucerna hasta 1873, Berna después), Francia y Holanda. El fondo Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, que se consultaba en el Archivo Secreto Vaticano, se encuentra ahora en la sede del Archivo Histórico señalado.

En el archivo del Comité Internacional de la Cruz Roja, en Ginebra, no existe ninguna sección que recoja solo la correspondencia con la Santa Sede en este periodo. Por ello se examinó con detalle la documentación del periodo 1914-1922 por su importancia, y se constató que se conserva muy poco material relacionado con la Santa Sede. Entre los documentos de la Agencia Internacional Prisioneros de Guerra, organismo que actuaba directamente a favor de aquellas personas, se han encontrado algunas cartas, pero en cambio, en el material que corresponde al Co-

⁹Cfr. Niccoló DEL RE, *La curia romana. Lineamenti storici-giuridici*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1998⁴, pp. 81-82.

mité Internacional, hay importantes lagunas: no hay cartas de mons. Marchetti-Selvaggiani y solo una de mons. Maglione; sorprende que haya una carpeta sobre el presidente *per interim* Édouard Naville y que no exista una sobre el presidente Gustave Ador, de singular importancia en la historia del Comité.

El orden cronológico del material hallado permitió distinguir rápidamente unos periodos, con características específicas, en las relaciones entre las dos instituciones. Se trató, entonces, de comprender las razones y el modo en el que se pusieron en contacto la Santa Sede y el Comité Internacional, con qué espíritu o actitud se desarrollaron estas relaciones, qué nivel de acercamiento alcanzaron, cuáles fueron los intereses que les llevaron a colaborar mutuamente y cuáles las iniciativas en las que actuaron conjuntamente. La amplitud del periodo en examen y el variado contexto político planteó la posibilidad de identificar continuidades y cambios en las relaciones entre ambas entidades, así como el estudio de sus posibles causas. La investigación se ha centrado en la acción de la Santa Sede por tratarse de un estudio en el marco de la historia de la Iglesia y porque la mayor parte del material revisado procede de los archivos vaticanos. Por este motivo, se hace mención de los aspectos de la historia del Comité Internacional solo en la medida en que sirven para una mejor comprensión de los hechos.

Este trabajo está estructurado en cuatro capítulos –en conformidad a las etapas de las relaciones– y un apéndice de documentos que recoge toda la correspondencia entre ambas instituciones entre 1863 y 1930.

El primer capítulo se centra en el contexto general del nacimiento del Comité Internacional de la Cruz Roja. Una exposición sumaria sobre la guerra y la asistencia sanitaria en los ejércitos durante la época de los imperialismos permite captar el alcance de las iniciativas propuestas por Henry Dunant, que dieron origen al Comité. Se presenta además, la postura de la Santa Sede sobre la guerra y la paz –con referencia al proceso de unificación italiana y a las Conferencias de la Paz de La Haya–, y la atención sanitaria que algunas congregaciones religiosas prestaban a los militares heridos y enfermos en campaña. Se trata de situaciones

que permiten comprender algunas de las afirmaciones que aparecen en la correspondencia analizada.

En el segundo capítulo se aborda la situación política y religiosa de Suiza, marco local en el que nació el Comité Internacional. Para entender la inicial actitud de la Santa Sede ante la institución ginebrina es necesario conocer la particular situación de la Iglesia católica en ese país, durante fines del siglo XIX. Se incluye aquí sucintamente el desarrollo del Comité Internacional hasta la Gran Guerra de 1914, en el que se destacan los aspectos que serían relevantes en la correspondencia con la Santa Sede, como el carácter cristiano de la institución (abordado de modo marginal en las principales obras sobre la historia del Comité).

El tercer apartado trata de las relaciones que se instauraron entre el Comité Internacional y la Santa Sede a raíz de la necesidad de acudir en socorro de las víctimas de la Primera Guerra Mundial. Por ese motivo el capítulo comienza con una concisa presentación de la tragedia mundial y de la necesidad de la acción humanitaria. La Santa Sede y el Comité desarrollaron sus propias iniciativas para mitigar los sufrimientos de la guerra. A partir de 1915 comenzó un intercambio epistolar que, si bien no implicó la realización conjunta de determinadas tareas, sí llevó a apoyar en forma simultánea determinadas propuestas.

El cuarto y último capítulo comprende las relaciones entre ambas entidades durante la posguerra, es decir, de 1919 a 1930. Comienza el apartado con una síntesis del contexto mundial que justificó una nueva acción mancomunada para socorrer a las víctimas de la carestía y de nuevas guerras, así como de la Revolución rusa. En este periodo se produjo una crisis en el movimiento de la Cruz Roja que llevó a realizar reformas en el Comité ginebrino y a la creación de la Cruz Roja Internacional. Las relaciones con la Santa Sede no se limitaron a la acción humanitaria, sino que se extendieron a los problemas internos en la Cruz Roja y a la participación en las Conferencias Internacionales de las correspondientes sociedades nacionales.

El apéndice está dividido en tres partes, una por cada capítulo que trata sobre las relaciones entre la Santa Sede y el Comité (del segundo al cuarto). El material que se presenta es inédito. Las cartas están ordena-

das cronológicamente y en el último apartado están separadas, además, según las áreas temáticas sobre las que versaron las relaciones. Muchos de los documentos del último periodo consisten en simples peticiones de información: el interés de incluirlos en el apéndice estriba en que permiten conocer el sistema de trabajo y su evolución.

El estudio de las relaciones con el Comité Internacional permite acercarse desde otro ángulo –el de la acción humanitaria– a la política de la Santa Sede en relación con los Estados, en este variado contexto político que, en lo que se refiere al estatuto de la Iglesia, comienza antes de la caída del poder temporal del papa y termina con su solución regulada por los Pactos Lateranenses. En el diálogo explícito o implícito entre los pontífices –Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI– y el Comité Internacional, encontramos incoados conceptos y actitudes que posteriormente tendrán mayor relevancia, como los relacionados con el ecumenismo y la libertad religiosa.

Quisiera agradecer a la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, y en particular al profesor guía de la tesis doctoral a la que corresponde esta publicación, don Carlo Pioppi. También a los siguientes profesores por sus orientaciones y sugerencias: don Federico Requena (Pontificia Universidad de la Santa Cruz), padre Tomislav Mrkonjic O.F.M. (Pontificia Universidad Gregoriana) y Massimiliano Valente (Universidad Europea de Roma). Tengo también una deuda de gratitud con Carlo Piacentini y Luciano Cipriani, del Archivo Secreto Vaticano, y con algunas bibliotecarias que me han ayudado a encontrar bibliografía indispensable: Incoronata Merlino (Instituto Luigi Sturzo), Sophie Mégevand (Universidad de Friburgo, Suiza), Romina Pallotto (Instituto Suizo de Roma) y Laura Rocchi (Pontificia Universidad de la Santa Cruz).